

ACTA FUNEBRE

DE LA ACADÉMIA CREATIVA EL 15 DE MAYO DE 1710 EN CASA DE DON
 PEDRO JOSEPH BERMUDEZ EN MEMORIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS
 DE CASTELL-DOS-RIUS VIZCAINO DE ESTOS REINOS DON PABLO DE
 MIERE AGACIO EL 24 DE ABRIL DEL AÑO DE 1710

HOMAGE TO THE MUSE

Si alguna línea es de todo el mundo
 la muerte, que acción presta
 que de estas cosas poetas
 también posee alguna línea

/ etiam est in lectum choris nostri

(1) Solo de la ley de conocer a la acción fúnebre el del Villar del Tajo, que hacia
 nueva estela enante del Tajo y don Matias Angles que se encontraba en el
 Todos los demás académicos honraron con sus poesías la memoria del finado amigo
 del doctor Bermeo

URNA PANEGIRICA

EREGIDA Á LAS INMORTALES CENIZAS DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS
 DE CASTELL-DOS-RIUS, POR DON PEDRO JOSEPH BERMÚDEZ DE
 LA TORRE Y SOLIER, ALGUACIL MAYOR DE ESTA REAL AUDIENCIA
 DE LIMA.

Estilo es de la Parca inexorable mudar las placenteras armonías en fúnebres lamentos, transformando en destempladas trompas los acordes festivos plectros, en endechas los himnos, y en llanto las cítaras. Así acontece en la luciente llama de oro del sol, que si amanece en agradable oriente, desmaya en triste ocaso; y aquel aclamado esplendor que saludaron los esparcidos albores de la Aurora, se ve apagado en las confusas tinieblas de la noche. Así también se llora en la improvisa fatal trasmutación con que se sienten desatadas, desvanecidas y deshechas en ceniza las flores, en pavezas las luces, y en cipreses las palmas. Tal experiencia pudo parecer que se continuaba en la gran pérdida de la importante y amable vida del Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius, arrebatada de los ojos y de los afectos entre la amenidad de estas ingeniosas diversiones, si no hubiese sabido su gran entendimiento hacer que sirviese á los harpones del amor divino la misma agudeza de las plumas para ejecutar más penetrantes y profundas heridas en su desengaño, por las cuales entrasen más activas y provechosas luces á su conocimiento. Así se reconoce, pues los últimos asuntos de estas Academias fueron propios efectos de su piedad y religión. El miércoles de ceniza del año de 1710 hizo Su Excelencia especial reflexión (que no se sabe qué otros la hayan hecho) sobre la sentencia que nos dice la Iglesia, en la sagrada ceremonia de aquel día: *Pulvis eris et in pulveris reverteris*: sobre que tuvo mucho campo, en poca tierra, para cultivar larga meditación de evidentes verdades, reparando los multiplicados ecos de la última cláusula: *reverteris*, como que el postrer gemido en la muerte es el eco más fiel de la vida. Así construía, á solas con su discurso, las voces del importante aviso: *reverteris*, te convertirás en débil polvo, y pálida ceniza: *everteris*, serás echado por tierra, con formidable estrago: *verteris*, serás volcado

y, como el agua, arrojado y vertido en tierra: *teris*, pisas el umbral de la muerte, en breve serás pisado: *eris*, serás; y qué serás? Tierra, polvo y nada: *is*, vas y ¿adonde? A tu fin, á la muerte y al piélago insondable de la Eternidad.

Estas consideraciones hizo su delicado ingenio; y para que se aumentasen las luces de su bien admitido desengaño, dió por asunto de la Academia que se celebró el lunes 10 de marzo del mismo año, que se escribiesen en redondillas, con ecos dobles, los recuerdos de nuestro frágil polvo y miserable mortalidad. ¿Quién se persuadiría que un príncipe tan cortejado de la fortuna, hallándose unas veces entre los opulentos esplendores de su magnífico palacio, y otras en las deliciosas amenidades de una granja vecina á la ciudad, adonde solía retirarse á respirar de la opresión de sus cuidados, estuviese disponiendo su confesión general y tratando con tan cortesanos ingenios, en lugar de las diversiones del ánimo, las importancias del espíritu? Y que todos empleasen las delicadezas del entendimiento en contemplaciones del desengaño? Pero de todo esto se persuadirá quien hiciere el concepto que debe de las ocultas sendas de la Predestinación y de las imperceptibles líneas de aquella soberana Providencia, que de la misma tela del peligro sabe cortar la gala del remedio, y hacer que aquellas mismas resplandecientes luces que, brillando en la esfera difusa del firmamento, provocan á la ciega idolatría á que les rinda, en profano culto, bárbara adoración y las infame con ir ágenes y nombres de fingidas deidades, arrebatan el entendimiento á divinas admiraciones y celestiales alabanzas.

Aquella harmoniosa composición ejecutada con los ecos dobles, conforme á la insinuación de Su Excelencia, fué otra voz eficaz que penetró su corazón y sacó lágrimas á sus ojos; pues leyendo (el día siguiente) el R. P. Alonso Mexía, misionero apostólico y provincial de la Sagrada Compañía de Jesús, algunas de las redondillas que se escribieron y fueron más de su aceptación, le interrumpían las ternuras del llanto las ponderaciones del acierto que apreciaba y reconocía en ellas, haciendo luego que se pudiesen en diestra y suave música las que discurrió mi cortedad, y disponiendo que se cantasen en la Real Capilla de su Palacio el miércoles 13 de marzo del mismo año, en la misa á que asistió Su Excelencia, desde su tribuna, y la Real Audiencia, á oír el Sermón del Evangelio del día en el lugar que tiene destinado en esta Real Capilla, á la cual hizo la magnificencia y religión de este esclarecido príncipe que, con frecuente asombro, se trasladase el esplendor y la armonía de los celestes Orbes en diestros coros, y las plumas y cítaras del Pindo en sacros ritmos, conducidos aquellos á expensas de su liberalidad, y estos inspirados á influencias de su discreción, pasando su fervoroso celo á emprender y ejecutar la reedificación de la misma sagrada hermosa fábrica de la Real Capilla, á cuya instauración, conseguida con ex-

cesivos realces, apresuraron milagrosos vuelos las alas del amor, y los alientos de la devoción á María Santísima, por ser dedicada á honor de su Purísima Concepción la Real Capilla, que autoriza como Palacio esta soberana Reina y como esfera ilustra esta divina Aurora, cuyo favor propicio correspondió al efecto reverente y amante de este piadoso Príncipe, haciendo que viese coronado de última perfección aquel primoroso esmero de la Arquitectura, en virtud de aquella prodigiosa celeridad que hizo que pareciese tarda y perezosa la prontitud del pensamiento, proporcionándose al activo influjo de Su Excelencia que, en la velocidad que infundía al oficioso número de artífices para la conclusión de la obra, parece que prevenía el corto espacio que le dejaba para su dedicación el presuroso término de su vida.

La Academia del día 24 de diciembre de 1709, víspera de la Natividad del Señor, se dedicó á obsequio del divino recién nacido Infante; y para la que celebró el lunes 24 de marzo de 1710 (que fué la última de todas) señaló Su Excelencia, por asunto de un soneto, discurrir la razón porqué, en el nacimiento de Nuestro Redentor, no se esclareció la noche, y en su muerte se oscureció el día. Y en este intento escribió Su Excelencia un soneto elegante, soneto en que consideró, como allí lo dice, el nacer al morir tan semejante.

Y esta fué la última de sus obras, habiendo sido la primera un poema dedicado á la gloria de la Pura Concepción de María Santísima, para que ambos soberanos objetos fuesen principio y fin de la armonía de este cisne, que, entre estos dulcísimos afectos expresados en suaves cadencias, llegó á tocar los fatales límites de la muerte, rindiéndole los últimos alientos, con humilde resignación y conforme serenidad, el día 24 de abril del mismo año, á los 60 años de su edad, dejando en todos el inquebrantable quebranto de tan debido sentimiento. Quedó el afecto discurriendo á solas con el dolor, y haciendo más sensible su tristeza con la misma amable suavidad de su memoria. Y ahora, como en el duelo del padre de Ifigenia se repite, en el mudo desaliento de la pluma, el desordenado clamor con que toda esta ilustre ciudad expresó con tiernas lágrimas sus justas alabanzas.

A sus inmortales cenizas dedicaron sepulcrales, llorosas inscripciones las elocuentes plumas de sus favorecidos y estimados ingenios, formándole cada uno en sus altos elogios más regio y más durable monumento que si reposaran en los griegos cenotafios, en las egipcias pirámides ó en los romanos obeliscos. Al fallecer el sol se aviva más en los astros la agradecida fineza del reconocimiento, quedando aquellos leales esplendores por ecos de su luz, y lenguas de su aplauso. Así se vió la dolorosa, mortal ausencia de aquel difunto sol, gemida y suspirada con afectuosas

y elegantes declamaciones, dictando Melpómene coronada de melancólico ciprés en sus fúnebres lamentos sus más dignos aplausos; que así dispone pródigo el cielo, en la proporción de los debidos honores, que los ilustres ánimos consignan no menos que inmortales elogios. Ofreciéronse con facilidad los pensamientos, porque lo digno del asunto influía en lo dichoso del acierto. Sobre el sepulcro de Orfeo adelantaban los ruseñores sus tiernas melodías, y ahora parece que mejoran sus poéticas dulzuras los cortesanos cisnes del opulento Rímac, para cantar la inconsolable pérdida de su más suave Orfeo, cuyas discretas voces fueron agradable prisión de los afectos que han sabido en el idioma del llanto hacer elocuentes á los ojos.

A su ejemplo intenta enternecido mi dolor intenso construir sobre las bases del agradecimiento, la memoria, la razón y el afecto, un estudioso Mausoleo colocando en los fondos que descubren sus columnas (en las cuales se simbolizan las heroicas virtudes de aquel excelso príncipe) varias lucentes estatuas en que se represente Marte adornado de insignias militares; Apolo con la cítara; Mercurio con palma y caduceo; y Hércules con las cadenas de oro. Pendientes de los discretos labios corresponderán, entretajadas en floreciente copia, á los lauros marciales las olivas y yedras literarias que, en amenas guirnaldas, ensayaron su frente á los más gloriosos triunfos con los agradables brotes de los fecundos árboles de las ciencias. Doce triunfantes palmas (que fueron resplandeciente orla de los regios blasones de su escudo) serán excelso nido de un Fénix que, batiendo rayos por plumas, signifique la singularidad de sus elevadas prendas, que compitieron con sus esclarecidos orígenes al realce de sus glorias. En el frontis se descubrirá, á despecho de nubes y de sombras, un sol eclipsado sin pérdida de su esplendor; y en el pedestal de la urna que sella sus cenizas, grabará mi reconocimiento este corto epitafio que repite su memoria.

D. O. M.

Aquí yace el Excmo. Señor
Don Manuel de Omms y
de Santa Pau, olim, de Sentmanat y de
Lanuza,

Marqués de Castell-dos-Rius

Grande de España, del Consejo Supremo de la Guerra, Virrey que fué del Reyno de Mallorca, Embajador á Portugal y á Francia, Virrey, Gobernador y Capitán general de estos reynos y provincias del Perú, Tierrafirme y Chile,

Cuya antigua nobleza derivada

de la Real Familia de los Baltos, y de la elevada estirpe de los Godos, se pierde gloriosamente á la noticia con la distancia de la antigüedad; y para examinar los primitivos esplendores de su origen, es menester que la Fama preste á la memoria sus ojos y sus plumas.

Numeró

entre sus ínclitos ascendientes, al gran Emperador Theodosio y al invicto Ataulfo, primer Rey de los Godos en España, trasladándose á sus heroicas venas el esplendor de aquellas regias púrpuras.

En sus prendas y honores
firmaron paces la Naturaleza y la Fortuna.

En sus plausibles acciones,
que supieron ser mérito y premio de sí mismas, dejó el más alto elogio á su posteridad y la más noble estatua á su memoria.

Sus Aciertos
fueron silencio de todas las esperanzas.

Su Dominio
sujeción de muchos corazones.

Su Grandeza
esplendor de una monarquía.

Su Prudencia
unión de los Imperios.

Y su Gobierno
felicidad de un Mundo.

En su talento
tuvo su mejor solaz la discreción.

En su Voz
se despertó la elocuencia.

Merecieron

sus generosas calidades las primeras estimaciones de catorce testas coronadas, logrando repetidas expresiones de su agrado, y haciéndole sus méritos reinar en los corazones de los Reyes.

Aquel Católico Monarca,

á quien este gran Ministro presentó la corona de España, determinó que él mismo representase su Real Persona en el Imperio de la América, donde conformes con su benignidad los dóciles genios de sus habitantes, correspondieron con la obediencia de sus ánimos á la inclinación de sus afectos, reconociendo, en su

aclamado Virrey, un Príncipe en cuyo generoso espíritu se mandaba el respeto por la espaciosa puerta del agrado, por cuyo medio ejecutaba su prudente destreza todos los aciertos y primores que establece el rigor de las leyes, persuaden los consejos de los políticos y anhelan los cuidados de los súbditos.

Su invencible Constancia le acreditó á un tiempo Hércules, Alejandro y Theseo, pues con pronto expediente, en los ejemplos que desempeñó su levantado discurso, venció, cortó y deshizo Hydras de dudas, Nudos de embarazos y Laberintos de dificultades.

Dejando superiores ejemplos la prodigiosa actividad de su infatigable celo, noblemente empeñado en el culto divino, en el real servicio y en la utilidad pública.

En sus Operaciones y Virtudes se vió resplandecer un realce sobrehumano, que mereció subir de la región del aplauso, adonde pueden llegar las voces y las plumas, á la esfera del silencio, donde están los prodigios y las admiraciones.

Adornaron su gran capacidad las principales ciencias; pero su desengaño practicó la mejor, pues supo morir bien.

Con tan ilustre despojo aumentó la Parca sus horribles trofeos.

Y en su correspondencia mejoró con la ruina los esplendores de la Fama, haciendo de una llama caduca animarse una luz inextinguible.

Caminante,
déjate aquí el llanto y la esperanza, y llévate el asombro y la memoria.

Murió! bárbara voz! el labio miente!
Pasó de este hemisferio la carrera
aquel sol que, á lucir en más esfera,
los límites tocó del occidente.

No faltó su esplendor; pues más lucente
aun entre opuestas sombras reverbera,
y la voz que truncó Parca severa
en el silencio está más elocuente.

Oyele, pues, que allí más elegante
su desaliento anima desengaños
con más ardor en sus cenizas frías.

Escúchale y contempla, caminante,
la mentida lisonja de los años,
la engañosa esperanza de los días.

Del mismo autor:

Oh Parca inexorable! Oh cruel hado!
pues ni el clamor de tanto ruego ardiente
suspender pudo el ímpetu inclemente
con que holló tanta flor el sordo arado.

Cuanto fruto de ciencia has malogrado,
ciega cortando vida tan lucente!
Sin duda que al Amor, bárbaramente,
la venda como el arco le has quitado!

Deja el harpón, ó quitate la venda
con que menos atenta en las heridas
á tu impiedad le multiplicas palmas.

No así los triunfos tu rigor emprenda;
mira que en una llevas muchas vidas,
y en una vida hieres muchas almas.

Del licenciado don Miguel Cascante:

Ese obelisco de encendidas teas
y de triunfantes palmas coronado,
expresa la fineza del cuidado
en el ardor de lágrimas febeas.

Si con los ojos su esplendor rodeas
hallarás, entre luces eclipsado,
del occidente al sol, siempre aclamado,
en quien afecto y lástimas empleas.

Aunque la Parca anocheció tu vida,
no oscureció los timbres de tu Fama
ni sepultó las glorias de tu nombre.

Antes sí, se verá tan repetida
que las lenguas dirán de tanta llama
que su obrar fué de Númen, no de hombre.